

Iain WILKINSON, *Suffering: A Sociological Introduction*. Polity Press, 2005, 190 pp.

AITOR BOLAÑOS

El libro de Iain Wilkinson pretende situar el problema del sufrimiento humano en una perspectiva más amplia que pueda ser estudiada por la sociología: es decir, en una perspectiva social que incluya, a su vez, consideraciones provenientes de la filosofía, de la medicina, de la antropología, del derecho, de la psicología social o de la teoría política. Es decir, Wilkinson defiende una teoría de la sociedad que sea, además, crítica e interdisciplinar, lo que le acerca a la perspectiva de autores como Emmanuel Renault.¹ Wilkinson afirma, al comienzo de su libro que “the problem of suffering ‘*per se*’ leaves the discipline with a diminished account of the social reality of human experience” (p. viii).² De hecho, el libro es un intento de conceptualizar el “problema del sufrimiento”, además de reflexionar sobre lo que este problema del sufrimiento implica para la propia sociología (p. viii). Finalmente, el problema de fondo es explorar y comprender la condición social del sufrimiento humano (p. ix), o lo que es lo mismo: el contexto social en el que el sufrimiento se produce, se experimenta y se representa. Estudiar el sufrimiento social es poner la primera piedra de la justicia social.

El libro se divide en varios capítulos, que intentan ir ofreciendo una visión cada vez más compleja y actual sobre el sufrimiento social, sobre la violencia, la crueldad y la opresión (p. 158).

El primer capítulo (“**Introduction: Suffering, Social Science and the Challenge to Sociology**”) se asienta sobre una amarga constatación: “wherever humanity records its voice, then it always speaks of suffering” (p. 1). Lo que quiere decir que en casi toda actividad y experiencia humanas el sufrimiento hace acto de presencia. Y que “suffering destroys our bodies, ruins our minds, and smashes our ‘spirit’” (p. 1). Sin embargo, los seres humanos no aceptamos con resignación que ese sufrimiento sea normal, “justo” o inevitable. Como decía Aristóteles, nuestra primera concepción de la justicia la tenemos frente a la presencia de la injusticia y del sufrimiento humano: así, la justicia se va concretando y definiendo, en positivo, a la luz de una multiplici-

¹ Emmanuel Renault, *Social Suffering: Sociology, Psychology, Politics*, 2017 [*Souffrances sociales: sociologie, psychologie et politique*, París: La Découverte, 2013].

² Evidentemente, todas las páginas mencionadas en el texto se refieren a la edición consultada (salvo referencias bibliográficas concretas citadas en el cuerpo del texto).

dad de experiencias negativas. De la misma forma, y siguiendo a Renault, es la experiencia y la vivencia de la injusticia cotidiana, individual y social, la que pone en marcha las diferentes luchas sociales en pos de la justicia social.³

En las reflexiones de este capítulo, Wilkinson comienza situando al sufrimiento en el debate histórico (filosófico, teológico, religioso) sobre la naturaleza humana. Independientemente de si el sufrimiento es consustancial a la experiencia humana en la tierra, existe un sufrimiento que es causado por otros individuos o por la propia sociedad y, por tanto, es contingente (es decir, no natural ni necesario). Y lo curioso del asunto, dice Wilkinson, es que, hasta tiempos muy recientes, la sociología no se ha preocupado por este sufrimiento mediatizado y causado por las propias sociedades (“the social constitution of human suffering”, p. 12). O, incluso, por la responsabilidad colectiva en representar y, por tanto, denunciar, este sufrimiento “extra”, gratuito, producido por las más diversas razones, motivos y causas. Por ello es importante destacar los esfuerzos que la antropología médica, la etnografía, los estudios sobre los *mass media* y los estudios sobre el Holocausto llevan realizando, desde hace unas décadas, para registrar el sufrimiento humano causado por la injusticia social y por la represión política (“economic hardship, social injustice and political repression”, dice Wilkinson, p. 9). La sociología del conflicto social ha sido, de hecho, un primer intento por situar en el centro de los debates socio políticos la experiencia del sufrimiento.⁴ Pero Wilkinson aboga por una sociología que haga del dolor y del padecimiento social su razón de ser, analizando y criticando las situaciones de conflicto directo o latente en el seno de cualquier sociedad, entre los grupos y los individuos que la componen, así como los fenómenos de violencia y crueldad. Y también las situaciones de dolor, padecimiento o sufrimiento, por supuesto, que son las experiencias de las víctimas.

En el momento actual, en el que las fuerzas irracionales de la globalización se están intensificando, el sufrimiento social aparece como un campo de investigación que “has the potencial to make a profound and lasting contribution to the reformulation of our intellectual and ethical concerns” (p. 9). El principal objeto de este libro, según este capítulo, es situar la experiencia del sufrimiento en el centro de la reflexión sociológica y política, entendidas como praxis teórico-críticas (es decir, no prioritariamente como disciplinas académicas o teóricas). De esta forma, la idea de Wilkinson es apuntalar una forma de pensamiento sociológico que sea crítico respecto de las causas del sufrimiento social actual: es decir, de una sociología que cuente la verdad respecto de la miseria mundial, que cuestione “the social carácter of our

³ Vid. Emmanuelt Renault, *L'expérience de l'injustice: Essai sur la théorie de la reconnaissance*, La Découverte: París, 2017.

⁴ Vid. Diego Becerril Ruiz y Antonio M. Lozano Martín, *Sociología del conflicto en las sociedades contemporáneas*, Dykinson: Madrid, 2017.

times” (p. 156). Pero que, también, pueda proveer herramientas conceptuales y prácticas para proyectar y construir “humane forms of society” (p. 15).

El segundo capítulo (“**What is Suffering**”) pretende mantener un diálogo con algunas de las más recientes investigaciones sociológicas sobre el sufrimiento, el padecimiento y el dolor.

El sufrimiento humano es un fenómeno muy amplio y complejo y, por tanto, muy difícil de conceptualizar, tanto desde el punto de vista de la experiencia puramente individual como del fenómeno del sufrimiento social. Es curioso que la emergencia del sufrimiento social, como fenómeno básico de nuestra sociedad, en varias disciplinas académicas y en varias acciones socio-políticas, coincida en el tiempo con el surgimiento de nuestro interés por la memoria colectiva. Aquí ve Wilkinson una sofisticación de nuestra conciencia ética y moral, un progreso de nuestra sensibilidad y empatía por los demás.

Evidentemente, el término “sufrimiento”, y “sufrimiento social”, tiene varios significados y usos. Wilkinson propone que concibamos “the agony of suffering takes place as a form of cultural embodiment” (p. 44), donde lo importante es analizar “the cultural constitution of the embodied experience of pain and its conception as a ‘problem of suffering’” (p. 44). Sin embargo, y por descontado, el libro se centra en el sufrimiento social. Una primera aproximación considera que el sufrimiento social hace referencia al resultado de “from what political, economic, and institutional power does to people and, reciprocally, from how these forms of power themselves influence responses to social problems”.⁵ En *A Passion for Society: How We Think About Human Suffering*, Wilkinson y Kleinam definen “social suffering” como “a generic term of reference for the lived experience of deprivation, misery, pain, and loss” that “is part of any social event, social condition, or social process that delivers harm to people’s lives” (p. 91).

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que la (supuesta) incomunicabilidad del sufrimiento individual (de las víctimas del Holocausto o de los veteranos de la Guerra del Vietnam, por ejemplo) ha dejado paso a una perspectiva donde lo importante no es describir la experiencia personal del dolor y del sufrimiento sino entender cómo se ha producido ese sufrimiento, en su contexto social, así como intentar elaborar terapias (o “socioterapias”) efectivas.⁶ En este sentido, los estudios sobre las consecuencias traumáticas de la violencia política y de los conflictos armados (“mass violence”), bajo la batuta del derecho internacional y de la llamada “justicia transicional”, han realizado un esfuerzo considerable por situar en el centro del debate intelectual el fenómeno del sufrimiento. Pero también, recientemente, los

⁵ Arthur Kleinam, Veena Das y Margaret Lock, *Social Suffering*, Berkeley y London: University of California Press, 1997, p. ix.

⁶ Vid. Bolaños de Miguel, A. (2005). “Socioterapia, memoria y usos de la historia”. *Historia y Política*, 14, pp. 273.282.

estudios sobre las consecuencias de la dominación o sobre la experiencia de la injusticia, que entroncan con las recientes teorías del reconocimiento (como las de Paul Ricoeur, Tzvetan Todorov o Axel Honneth).

Y, en tercer lugar, no se nos puede olvidar la violencia de la vida cotidiana (p. 93): es decir, esa violencia social, sistémica, institucionalizada, tanto la intencional como la involuntaria, en el seno de la cual se producen muchas dinámicas sociales perversas que muchos actores sociales viven, sufren y padecen.⁷ En este sentido, también podemos hablar de la “violencia estructural” que se aplica, según Tortosa y La Parra, “a aquellas situaciones en las que se produce un daño en la satisfacción de las necesidades humanas básicas (supervivencia, bienestar, identidad o libertad) como resultado de los procesos de estratificación social, es decir, sin necesidad de formas de violencia directa. El término violencia estructural remite a la existencia de un conflicto entre dos o más grupos de una sociedad”,⁸ donde uno o varios de esos grupos están sometidos a formas de vida que limitan su libertad, su seguridad y su potencialidad humana, como ha explicado Johan Galtung.⁹ Así, encontramos situaciones, por ejemplo, de violencia doméstica, de exclusión social, de discriminación, de paro juvenil, de desempleo de larga duración, de grupos vulnerables, de enfermedades psico-somáticas, de desórdenes alimentarios, de racismo, de sexismo o de clasismo, sobrevolando la pobreza sobre casi todas estas situaciones, etc.

¿Qué tienen en común las dictaduras, la violencia política, la esclavitud, el genocidio, las violaciones de los derechos humanos, las personas que se encuentran en situación de desempleo de larga duración o las enfermedades mentales como la depresión o la ansiedad? (vid. p. 158). Pues, en primer lugar, el sufrimiento social (e individual, por supuesto) que producen. Y ¿qué tienen en común una víctima con estrés post traumático, una víctima del SIDA, una víctima de violencia de género o una víctima del Holocausto? Pues el sufrimiento que todas estas víctimas padecen (y han padecido). Y más concretamente (y desde una perspectiva más amplia y no meramente individual, médica o psicológica), el sufrimiento social. Es decir, las dinámicas culturales y sociales del dolor y del sufrimiento padecidos por los individuos en nuestras sociedades contemporáneas (p. viii).

Aquí se unen los fenómenos víctima, sufrimiento y sociedad. La experiencia individual del sufrimiento se inserta en un contexto social que ayuda al individuo a “entender” lo que está pasando, lo que está sufriendo. Y ello es porque, entre otras razones, “social suffering ruins the collective and the intersubjective connections of

⁷ Hannah Bradby y Gillian Lewando (eds.), *Global Perspectives on War, Gender and Health: The Sociology and Anthropology of Suffering*, London y New York: Routledge, 2010.

⁸ José María Tortosa Blasco y Daniel La Parra-Casado, “Violencia estructural: una ilustración del concepto”, *Documentación social*, 131, 2003 pp. 57-72.

⁹ Johan Galtung, *Tras la violencia 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución*, Bakeaz: Bilbao, 1998.

experience and gravely damages subjectivity”.¹⁰ Los problemas individuales se entroncan, así, con los problemas sociales. Y es que el sufrimiento es, a la postre, una experiencia social. O, mejor dicho, el significado que se le concede al sufrimiento (la importancia o la intensidad del mismo, por ejemplo) está mediatizado socialmente (“the social meaning of their afflictions”, p. 84). Esto en primera instancia.

Pero, en segunda instancia, hay una enorme fenomenología del sufrimiento (y del padecimiento) individual que tiene causas sociales. Como afirman Wilkinson y Kleinam, “social suffering is shared across high-income and low-income societies, primarily affecting, in such different settings, those who are desperately poor and powerless”.¹¹ Además, muchas veces, las respuestas socio-políticas a situaciones de sufrimiento personal o colectivo (grupos de víctimas o la propia sociedad)¹² incrementan el sufrimiento padecido, como cuando la burocracia impide una solución rápida y efectiva a alguna situación de exclusión social o como cuando la voluntad política impide la implementación de una solución o de una acción paliativa frente a una inundación, un incendio o un terremoto, por ejemplo. En última instancia, dice Wilkinson, además de lo señalado, el carácter social del sufrimiento viene dado por “the social constitution [“the socio-cultural dynamics”, p. 162] of human suffering and the forms of culture through which this is experienced and made known to others (pp. 119-60).

El tercer capítulo (“**Our Classical Heritage**”) es un capítulo de historia intelectual, en el sentido que le da a este sintagma Dominick La Capra. Es decir, Wilkinson estudia la obra de Marx, Weber y Durkheim con la intención de destacar la forma en la que cada uno de estos tres pensadores reflexionaron sobre la naturaleza social del sufrimiento humano, así como sobre su importancia para nuestro desarrollo social y cultural (pp. 77 y 78). Para ello, Wilkinson sugiere nuevas formas de diálogo con la teoría sociológica clásica, que reevalúe el esfuerzo de estos autores para describir y para mostrar la forma en la que el poder político se ejerce, la forma en la que el capitalismo realiza su explotación económica y laboral, la forma en la que la experiencia del sufrimiento humano es silenciada, estigmatizada e invisibilizada socialmente y, a la postre, la forma en la que la competitividad y el individualismo consumista corroen el carácter y condicionan nuestra respuesta al sufrimiento de los demás (p. 160).

El cuarto capítulo (“**Social Suffering: A Critical Appraisal**”) se ocupa de analizar una parte de la literatura contemporánea sobre el sufrimiento social, a la luz de una

¹⁰ Arthur Kleinam, Veena Das y Margaret Lock, *Social Suffering*, Berkeley y London: University of California Press, 1997, p. x.

¹¹ Arthur Kleinam, Veena Das y Margaret Lock, *Social Suffering*, Berkeley y London: University of California Press, 1997, p. x.

¹² Desde el punto de vista de fenómenos sociológicos, que se estudian desde diversas disciplinas, como la “paz social”, la “reconciliación”, la “justicia social”, la “calidad de vida”, o el “respeto de los derechos humanos”.

lectura de la obra de Hannah Arendt sobre la “banalidad del mal”, en el sufrimiento de la vida cotidiana, pero, también, sobre “the evil of totalitarianism”, así como sobre sus consecuencias socio-políticas (p. 14). Para empezar, Wilkinson se hace eco de que la bibliografía actual sobre el sufrimiento no hace sino constatar que la frecuencia y la escala de los acontecimientos históricos que producen sufrimiento se ha incrementado en el último siglo: buena parte de los estudios de campo de la sociología actual no hacen sino categorizar, formal y sistemáticamente, el sufrimiento de nuestras sociedades actuales. De hecho, Wilkinson sugiere que vivimos en “the most destructive and most violent of times” (p. 79), con altos niveles de pobreza, desigualdad social, mortalidad infantil, malnutrición, enfermedades y epidemias, escasez de agua, dolores crónicos, depresión y ansiedad, desempleo, desamparo de la tercera edad (etc.), pero, también, con altos niveles de conflicto social, de conflictos militares a gran escala, de represión política, de guerra contra el terrorismo, del propio terrorismo, de catástrofes ecológicas, de sucesos traumáticos (“mass murder”, “genocide”, “torture”), etc. Estos fenómenos colectivos demuestran que la perspectiva histórica, filosófica, teológica, sociológica pero también política, moral y médica no están separadas puesto que estudiar el sufrimiento, en su dimensión socio-histórica, consiste, precisamente, en analizar el conjunto multi causal de dimensiones que está implicado en la experiencia del sufrimiento. Pero lo importante aquí es lo que el sufrimiento y el dolor hacen, en realidad, a las personas. La sociología crítica del sufrimiento nos avisa que estos fenómenos desagradables (“bitter realities”, p. 157), de nuestras sociedades, nos deberían obligar a replantearnos la forma en la que evaluamos el progreso de dichas sociedades (p. 82), estudiando, de forma racional, el sufrimiento y las injusticias realmente existentes. Así como, también, y fundamentalmente, la forma en la que una sociedad trata a sus conciudadanos (y a los “extranjeros”),

El quinto capítulo (“**Feeling for Humanity**”) subraya la posibilidad de que una sociología comprometida con el estudio del dolor pueda colaborar en el desarrollo de una sociedad más sensible ante el sufrimiento ajeno y, por extensión, pueda desarrollar una mayor y más profunda compasión en base al reconocimiento de la “humanidad” y de la “dignidad” de los otros (siguiendo a Charles Taylor y su “política del reconocimiento”, p. 84). Es lo que Wilkinson denomina “the shared feelings for humanity” (p. 134), un sentimiento compartido, a base de comunicar y de sofisticar nuestras representaciones sobre el sufrimiento propio y ajeno, que puede mover al debate y a la acción políticos, así como a los procesos de creación jurídico-normativa que persigan la justicia social y la solidaridad moral. Y aquí Wilkinson pasa del “ser” al “debe ser”, siguiendo la clásica distinción humeana, aunque subrayando el racionalismo implicado en el sintagma “justicia social”. En este punto, Wilkinson estudia las relaciones que existen entre nuestras representaciones sociales del sufrimiento (las del Holocausto, por ejemplo) y el desarrollo de una política cultural de la compasión, en el contexto de una reapropiación del Humanitarismo Occidental y de

una intensa internacionalización de una conciencia imaginativa y empática acerca del sufrimiento ajeno y de nuestra compasión (“our shared imagination for the suffering of others”, “a more sophisticated understanding of the potencial for social representations of suffering”, p. 134-5). La tesis de Wilkinson en este capítulo es, en resumen, la siguiente: “in research on ‘social suffering’, social science is brought to debate not only its capacity to bring understanding to one of the most pressing of all human concerns, but also its potencial to inform public debate in the interest of humanity” (p. 135). La catalogación de todas las formas de injusticia, pieza clave de una sociología del sufrimiento, nos puede ayudar a mejorar nuestras políticas del reconocimiento y de la compasión. La precariedad social, como diría Renault es, de hecho, una injusticia social porque produce un sufrimiento que tiene una evidente dimensión social. La sociología crítica y la teoría del reconocimiento de Axel Honneth nos ayudan a comprender las dimensiones políticas y sociales del sufrimiento humano, más allá de cómo se han entendido hasta hora: como una experiencia puramente individual.

El sexto capítulo (“**Mediatized Suffering and the Internationalization of Conscience**”) pretende apuntar algunas de las cuestiones básicas sobre el papel de los “mass media” en el desarrollo de nuestra sensibilidad, imaginación y compasión respecto del sufrimiento ajeno. ¿Cuáles son las condiciones que se han de crear para que los ciudadanos de un país sean conscientes del sufrimiento de los demás y, especialmente, del sufrimiento “distante”?

Como explica Wilkinson, la categoría “sufrimiento social”, presente en varias disciplinas de las ciencias sociales, es una expresión que hace referencia al sufrimiento que las personas padecen en el seno de una sociedad, causado, condicionado o mediatizado por esa misma sociedad. Es, en primer lugar, una experiencia negativa, no positiva. Pero, en segundo lugar, se trata de una experiencia personal, aunque mediada social y culturalmente. Analizar el significado y las distintas dimensiones del sufrimiento social es una actividad que se asienta en una profunda experiencia moral, así como en una concepción crítica de la sociedad que nos rodea. Las expresiones “cuidado social”, “estado del bienestar”, “política del reconocimiento” o “políticas de la compasión” tienen relación con este movimiento intelectual contemporáneo, pero también social, por situar en el centro de nuestros esfuerzos teóricos (y de nuestra práctica política) la erradicación del sufrimiento social.

Y, finalmente, el séptimo capítulo (“**Towards a Critical Sociology of Suffering**”) vuelve al comienzo del libro, y en el que Wilkinson sigue la obra de Alvin Gouldner para argumentar que “a critical sociology of suffering is a necessary part of the attempt to engage sociology in the struggle to tell the truth about our world so as to imagine how it can be made to change” (p. 164).

El sufrimiento social es un reto para las ciencias sociales, en la medida en que los científicos sociales puedan situar el sufrimiento humano en sociedad en el centro de los debates públicos actuales e, incluso, en las agendas políticas.¹³ Y ello, precisamente, porque nos hemos dado cuenta de que la llamada divina providencia tiene un papel mucho más pequeño del que se pensaba en los siglos XVII o XVIII acerca de las condiciones reales en las que viven los seres humanos en sociedad. Al comienzo del libro, Wilkinson afirma que está interesado en explorar las potencialidades de una sociología del sufrimiento que pueda influenciar en el comportamiento moral de las personas (p. ix) e, incluso, que pueda promocionar una “política de la compasión” (ídem). Una de las apuestas de Wilkinson es que las ciencias sociales deberían preocuparse más por el sufrimiento social en todas sus dimensiones, estudiando sus causas, analizando sus responsables y proponiendo soluciones. Basta ya de una concepción de la ciencia social neutra, aséptica y alejada de las necesidades y de los problemas reales de nuestras sociedades actuales (p. 47). En otro de sus libros, elaborado en colaboración con Arthur Kleinman, Wilkinson y Kleinman escriben que “we declare a commitment to a social research practice that is sustained not so much by a quest for academic recognition but more by a moral concern to be actively involved in the creation of humane forms of society”.¹⁴ El objetivo de Wilkinson es ampliar la compasión y la imaginación humanas, respecto del sufrimiento ajeno, con la intención de modificar nuestros hábitos y comportamientos ante el sufrimiento social (p. 12). El punto intermedio, además de cuestiones éticas y epistemológicas, consiste en desarrollar una sociología crítica del sufrimiento que sea consciente respecto de la forma en la que el dolor físico y corporal es, también, re-significado social y culturalmente.

Evidentemente, Wilkinson no es el primer sociólogo interesado por el sufrimiento. Ni tan siquiera es el primer sociólogo interesado en estudiar el sufrimiento desde un punto de vista sociológico, es decir, situando la experiencia sufriente individual en un contexto social (teniendo en cuenta sus dinámicas de poder, sus relaciones político-económicas y los deseos, intereses y deseos de los actores sociales). O estudiando el sufrimiento que produce o que no consigue evitar o paliar una sociedad. Pero sí es uno de los primeros sociólogos (junto con Arthur Kleinman, Pierre Bourdieu, Nancy Scheper-Hughes, Helen Fein o Arthur Frank, por ejemplo)¹⁵ que intentan poner en el centro de la disciplina sociológica el problema del sufrimiento.

¹³ Vid. Wilkinson, I., “The Problem of ‘Social Suffering’: The Challenge to Social Science”, *Health Sociology Review*, 13, 2, 2004, 113-121.

¹⁴ Wilkinson, I. y Kleinman, A. (eds.), *A Passion for Society: How We Think about Human Suffering*, Oakland: University of California Press, 2016, p. 22.

¹⁵ Arthur Kleinman, *The Illness Narratives: Suffering, Healing and the Human Condition*, New York: Basic Books, 1988; Pierre Bourdieu, *La Misère du monde*, París: Editions du Seuil, 1993; Nancy Scheper-Hughes, *Death without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*. Berkeley: University of California Press, 1993; Helen Fein, *Genocide. A Sociological Perspective*, London: Sage, 1990; y Arthur Frank, *The Wounded Storyteller: Body, Illness and Ethics*, Chicago: University of Chicago Press, 1995.

De hecho, Wilkinson reconoce que comenzó a sentirse interesado por el problema del sufrimiento social al estudiar la ansiedad y la conciencia del riesgo en nuestras sociedades postindustriales (p. vii). En este sentido, me viene a la mente la obra de Richard Rorty, el filósofo USAmericano, para quien el problema fundamental de la filosofía es evitar el sufrimiento humano y, sobre todo, evitar la crueldad, ya que el ironista liberal (como el propio Rorty) cree que “los actos de crueldad son lo peor que se puede hacer”.¹⁶ En relación con Rorty, conviene recordar que el filósofo USAmericano pensaba que los seres humanos teníamos una característica fundamental: la capacidad de sentir dolor, sufrimiento y humillación, junto con nuestra capacidad imaginativa y moral de identificarnos con el sufrimiento de los demás, todo lo cual permite desarrollar políticas de la solidaridad.

Además, sigue Wilkinson, “included under the category of social suffering are conditions that are usually divided among separate fields, conditions that simultaneously involve health, welfare, legal, moral, and religious issues. They destabilize established categories. For example, the trauma, pain, and disorders to which atrocity gives rise are health conditions; yet they are also political and cultural matters”.¹⁷ Por eso es un reto para las ciencias sociales porque el sufrimiento social implica un estudio de amplio espectro que, además, ha de ser, necesariamente, trans e intra disciplinar.

De hecho, un conjunto de ensayos editados por el propio Kleinman (junto con Das y Lock), en 1997, fueron discutidos en un Congreso que se llevó a cabo en el Centro Bellagio de la Fundación Rockefeller, en julio de 1994, como parte del *Social Science Research Council's Committee on Culture, Health, and Human Development*, que, a su vez, promociona un programa sobre *Culture, Suffering, and Social Change*.¹⁸ La experiencia y el fenómeno del sufrimiento social desestabiliza las disciplinas académicas tradicionales (medicina, derecho, sociología, graduado social, psicología y psiquiatría, etc.) ya que exige una visión de conjunto, una visión anamórfica, para analizar las causas del sufrimiento y, sobre todo, para proporcionar posibles soluciones a lo que podríamos denominar la “adversidad social” (o la injusticia social).

Tanto Wilkinson como Kleinman están en contra de “technocratic procedures and structures of career that leave it critically sterile, cynical, and devoid of passion”.¹⁹ En su lugar, Wilkinson aboga por una perspectiva crítica, humanitaria y humanística de las ciencias sociales, que juegue un papel parecido al que juegan diversas ONG como *Human Rights Watch* o Amnistía Internacional: “to draw public attention to

¹⁶ Richard Rorty, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós: Barcelona, 1991, p. 17.

¹⁷ Arthur Kleinman, Veena Das y Margaret Lock, *Social Suffering*, Berkeley y London: University of California Press, 1997, p. ix.

¹⁸ Arthur Kleinman, Veena Das y Margaret Lock, *Social Suffering*, Berkeley y London: University of California Press, 1997, p. vii.

¹⁹ *A Passion for Society*, p. xi.

the plight of populations suffering under the impact of war, political opresión and conditions of material scarcity” (p. 8).

Finalmente, el libro puede ser criticado por varias cuestiones. Apunto algunas reflexiones críticas a modo de ejemplo. Primero, por no haber seleccionado una mayor muestra de obras y autores que representen ese “afuera” de la sociología, tal y como dice al comienzo del libro: “outside sociology, scholars have worked hard to develop styles of writing that aim to involve readers in a fuller sense of what happens to people in situations of great personal distress” (p. viii). Segundo, por no haber contextualizado más en profundidad a los autores y a las obras que Wilkinson estudia en su texto, ofreciendo datos importantes sobre las vidas y las obras de los autores elegidos, para comprender sus posicionamientos epistemológicos, éticos y socio-políticos. Tercero, por establecer una línea de continuidad, más teórica que empírica, más hipotética que contrastada, entre el “ser” y el “deber ser”, entre nuestras representaciones compartidas sobre el sufrimiento y el desarrollo de nuestra empatía y compasión. De hecho, y en cuarto lugar, porque el libro es un primer intento por conceptualizar y, sobre todo, por sistematizar un conjunto de reflexiones y pensamientos sobre el sufrimiento social, que requiere mayores y más profundos esfuerzos, sobre todo para justificar en qué medida un estudio crítico del sufrimiento social puede mejorar, en la práctica, las sociedades donde se produzca. De hecho, Wilkinson comienza el libro afirmando que no es más que “work in progress” (p. viii). La idea sería pasar a la gramática cultural del dolor y del sufrimiento por la racionalidad del discurso científico, con la intención de mejorar nuestras políticas humanitarias, así como nuestra compasión social.